

Como un rumor infinito  
Tus victorias se extendieron,  
Y un eco triunfal volvieron  
Nuestros montes de granito.

En nuestro golfo volcaron  
Con estruendos inmortales  
Aquellos mismos cristales  
Que tu cuna columpiaron.

Y en tu carrera triunfal  
Viste, en torno de tu fama,  
El esplendor que derrama  
Una cabeza inmortal.

. . . . Águila del pensamiento!  
Si mi arpa calla, la abona  
Sentir que es una corona  
La admiración que yo siento.

---

POETAS VIVOS.

---

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

I

LAS ABEJAS.

Ya que del carmen en la sombra amiga  
Fuego vertiendo el caluroso estío  
A buscar un refugio nos obliga  
Cabe el remanso del sereno río;  
Ven, pobre amigo, ven, y descansando  
De la ribera sobre el musgo blando,  
Oirás del labio mío  
Palabras de amistad, consoladoras,  
Que calmarán la lúgubre tristeza  
Con que insensato en tu despecho lloras.  
Lamentas de los duelos la crudeza,  
Tú, cuyos quietos y dorados días  
Aun alumbra risueña la esperanza;  
Tú, cuya confianza,  
Inocentes placeres y alegrías  
Jamás han enturbiado  
Las desgracias impías  
Con su terrible aliento emponzoñado!  
Tú joven, tú feliz, tú á quien halaga

Con sus preciosos dones la fortuna,  
 Tú á quien el mundo seductor embriaga  
 Sus flores ofreciendo una por una;  
 Tú á quien la juventud, hermosa maga,  
 Dulcemente convida  
 A disfrutar la dicha tentadora  
 Que en sus ardientes frutos atesora  
 El árbol misterioso de la vida!

Tú no debes llorar; deja que el llanto  
 Del débil viejo la mejilla abraza  
 Y que la espina del tenaz quebranto  
 Su congojado corazón traspase.

Tú, joven, ¡á gozar! la sangre hirviente  
 Sientes bullir aún; la vida es bella,  
 Y en sus campos el sol resplandeciente  
 A tus ojos destella.

¿Por qué te afliges, dí, ¿por qué inclinabas  
 Callando tristemente  
 La dolorida frente?  
 ¿A la pérvida acaso recordabas?  
 Inexperto doncel ¿de qué te quejas?  
 ¿Por qué llorando de la vil te alejas?  
 ¿Qué ventura has perdido?  
 ¿Qué tesoro escondido  
 En ese corazón perjuro dejas?  
 ¿Por qué cuando en un día  
 Primera vez miraste  
 De esa traidora la belleza impía,  
 El terrible fulgor no vislumbraste  
 De la maldad que en su mirada ardía?  
 Ni amor, ni virtud santa  
 Abriga esa mujer; vicio temprano,

Como á las gentes que en la corte habitan,  
 Ya corrompió su corazón liviano.  
 Si amor á buscar fuiste  
 Entre el pérfido mundo cortesano,  
 Por eso ahora ¡ay triste!  
 Lloras el tiempo que perdiste en vano.  
 ¡Amor allí no existe!  
 Allí cual frescas, perfumadas rosas,  
 Al corazón se ofrecen las hermosas.  
 ¡Ay de quien su perfume  
 Aspira incauto, y de confianza lleno!  
 Pronto en la duda y tedio se consume  
 Al negro influjo del mortal veneno.

¡Amor no existe allí..... La dulce niña  
 Cuando asoma el pudor por vez primera  
 En su frente de ángel, y su pecho  
 Sincero amando, palpitar debiera,  
 De infame corrupción con el ejemplo  
 No al sentimiento puro lo consagra,  
 Porque del oro lo convierte en templo.  
 ¿Qué dicha, qué placeres,  
 Esperas tú encontrar de esas mujeres  
 En el vendido seno  
 A los ardores del cariño ajeno,  
 Cuando su impura llama,  
 Si nace, solamente  
 Al soplo vil del interés se inflama?  
 Huye la corte, amigo, y la ventura  
 Ven á buscar aquí, do la inocencia  
 Te ofrecerá en la flor de la hermosura  
 Un tierno cáliz de sabrosa esencia.  
 Libando su dulzura,  
 Cambiará tu existencia;  
 Del tedio sanarás que te aniquila,

Y la virtud amando, suavemente  
 Tu vida pasará cual la corriente  
 De ese arroyo, tranquila.

¿Ves discurrir zumbando entre las flores  
 De este carmen umbroso y escondido,  
 Afanosas buscando las abejas  
 El néctar delicioso, apetecido?  
 Mira cuál van dejando desdeñosas  
 De su brillo á pesar y su hermosura  
 Las flores venenosas.  
 Ellas buscan quizá las más humildes,  
 Las que ocultas tal vez en la espesura  
 De las agrestes breñas,  
 Apenas se distinguen, ó en la obscura  
 Grieta se esconden de las rudas peñas.  
 Ellas no creen que al ostentarse ufanas  
 Aquellas que parecen  
 Con mayor altivez y más colores,  
 Sean también las que ofrecen  
 Los nectarios mejores.  
 Tú imita ese modelo,  
 Pobre insecto, es verdad, pero dotado  
 Por el pródigo cielo  
 De un instinto sagaz y delicado;  
 Y en el jardín del mundo,  
 Si el néctar de la dicha libar quieres  
 Para endulzar las penas de la vida,  
 Deja la flor pomposa, envanecida,  
 Que á la virtud en su soberbia insulta;  
 Busca á la que se oculta  
 Viviendo entre las sombras recogida.

Una infame y perjura cortesana  
 Tu corazón sedujo; tú la amaste,

Y alimentando tu pasión insana,  
 Tu puro corazón envenenaste.  
 Olvídala, y que presto,  
 Ya despertando de tu error funesto,  
 Puedas hallar la miel de los amores  
 De esta montaña en las sencillas flores.

Mirta, la dulce Mirta, la que alegra  
 Nuestras montañas y risueños prados,  
 La que garbosa con diadema negra  
 De cabellos rizados  
 Su tersa frente candorosa ciñe,  
 Que el alba pura con sus lampos tiñe;  
 La de los grandes y rasgados ojos,  
 La de los frescos labios purpurinos,  
 Que ríen, mostrando deslumbrantes perlas;  
 La de turgentes hombros y divinos  
 Que la Venus de Gnido envidiaría,  
 Mírala; ¿no enloquece tu alma joven,  
 Como hace tiempo enloqueció la mía?  
 ¿La faz de tu perjura es comparable,  
 Y su pálida tez marchita y fría  
 Do la salud y la color simula  
 Comprado afeite, con la faz rosada  
 De esta virgen del bosque,  
 Do la sangre purísima circula  
 Con el calor y el aire de los campos,  
 Y con la grata esencia  
 Que en su redor esparce la inocencia?  
 Dime ¿á apagar su fuego esa mirada  
 Con el ansioso labio no provoca?  
 ¿Quién al verla riendo, no querría  
 Libar la miel de su encendida boca?  
 ¿Quién no deseara con delirio ciego  
 Estrecharla en sus brazos un instante?

¿Dónde buscar de amor el sacro fuego  
Sino en su blanco seno palpitante?  
¿Y dónde hallar la dicha que asegura  
Su fe constante y pura?

Estas humildes flores busca ansioso,  
Abeja del amor, y no te cuida  
De los torpes placeres  
Que te ofrece la corte corrompida  
Si el néctar de la dicha libar quieres  
Para endulzar las penas de la vida.

---

II

EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS DEL COLEGIO DESFONTAINES.

Apartad de la guerra fratricida  
Vuestros cansados ojos..... ved ahora  
Esta esperanza dulce y seductora  
De la Patria infeliz, Patria querida.  
En medio de la negra desventura,  
Cuando demandas moribunda al cielo,  
Pase de tí ese cáliz de amargura,  
Te escucha Dios, y un ángel de consuelo  
Te muestra esa niñez hermosa y pura.

Esa niñez que hoy tímida, inocente,  
Ya recoge afanosa en los umbrales  
Del templo del saber, para su frente  
Guiraldas mil y mil primaverales,  
Y augura ya desde su edad temprana  
Que irá atrevida á conquistar mañana  
De la ciencia los lauros inmortales.

Hoy que la vida duelos nos ofrece,  
Hoy que la mente sin consuelo vaga  
Y abandonarnos el Señor parece,  
Esta luz adorable no se apaga,  
Esta dulce esperanza nos halaga,  
Este ensueño de paz nos adormece.

Se columbra, cada año que se avanza  
En la noche del tiempo, nueva aurora,  
Encierra el porvenir nueva esperanza,  
Nos alumbrada una luz más brilladora;  
La tierna juventud menos alcanza  
De esta fiebre cruel que nos devora,  
De este furor de un tiempo de matanza  
En que, en lucha postrer el fanatismo,  
A la ignorancia exalta fratricida  
O en máscara falaz al ateísmo.

Viéndolo estáis..... la humanidad camina  
Y ¡cuán grandiosa y fuerte se presenta  
Con el sol alumbrada de la imprenta  
Y armada con el rayo! La divina  
Libertad de este siglo todo inventa,  
Todo lo inútil del pasado arruina.

De la vil ignorancia las postizas  
Galas rodaron en menudas trizas;  
De odiosos privilegios los vestiglos  
Cayendo van, y tórnalos cenizas  
El poderoso aliento de los siglos.

¡Oh! sí, pura niñez, tuyo es el día  
De luz y paz, de verdadera gloria;  
Tú no tendrás de esta época sombría  
Sino la amarga y fúnebre memoria.

Dios que contempla nuestro mal, te ayuda;  
 Él prepara la dicha á tu inocencia;  
 Espera, espera; á una época de duda  
 Va á suceder un tiempo de creencia;  
 La igualdad de la ley á la insolencia  
 De los hombres soberbios y mezquinos,  
 Y va á regir entonces tus destinos,  
 En lugar del cañón, la sacra ciencia.

Vas á ser más feliz, niñez querida,  
 Que los jóvenes ¡ay! tan desdichados  
 Que alcanzamos un tiempo de tristeza,  
 Que al contemplar nuestra ilusión perdida  
 Nos sentimos de duelo quebrantados,  
 Inclínamos temprano la cabeza  
 Y cruzamos la senda de la vida,  
 Escépticos tal vez, indiferentes,  
 Con el alma cansada y dolorida  
 Y una arruga precoz en nuestras frentes.

Tú no serás así, tu edad de flores,  
 De sueños y esperanzas lisonjeras  
 Muy pronto va á pasar, pero tú esperas.....  
 ¿Qué te importan del mundo los furoros?  
 Aquel que siente de virtud la calma,  
 Aquel que sigue el bien y en Dios confía,  
 El huracán del mundo desafia  
 Y afronta el porvenir, serena el alma.

Vas á ser más feliz..... pero no olvides,  
 De loca juventud en la inconstancia,  
 Estas horas serenas de la infancia  
 Si para siempre de ella te despides.

Conserva su memoria dulce y blanda  
 Que te hará mucho bien en este suelo

En tus momentos de amargura infanda  
 Y en tus horas de duda y desconsuelo.

Que cuando brota del pesar el lloro  
 Y el alma gime de dolor herida,  
 Alivia el recordar los sueños de oro  
 De las risueñas albas de la vida.

¡Cuántas veces recuerdo mi montaña,  
 Sus altas arboledas cimbradoras,  
 El ancho río que sus rocas baña,  
 Y aquel humilde albergue, la cabaña,  
 Donde pasé de mi niñez las horas!

¡Cuántas también de mi cristiana madre  
 El puro y tierno y celestial cariño,  
 De esa pobre mujer que fué mi encanto,  
 Que dirigió mi corazón de niño,  
 Que me enseñaba al borde de las fuentes  
 Debajo de las ceibas seculares,  
 O al rumor de los blandos platanares,  
 Oraciones sencillas y fervientes  
 Que repetí con labios balbucientes,  
 De la agreste capilla en los altares,  
 Cuando el incienso con los frescos ramos  
 De mirtos y caléndulas silvestres  
 Iba á ofrecer como homenaje tierno  
 A la virgen del campo, protectora  
 De la pobreza de mi hogar paterno!

Pero basta, niñez..... iba á decirte  
 Que soy feliz al ver sobre tus sienes  
 La corona más bella de la infancia  
 Que como premio de tu afán obtienes.

Hoy del triunfo te halaga el dulce arrullo,  
Y para ser tus dichas más cabales,  
Ve á presentar tu frente con orgullo  
A los ardientes besos maternos.

Lleva la dicha en tu cariño santo  
A tu modesto hogar y aún espera,  
Si conservas constante tu ardimiento,  
Más guirnaldas coger en tu carrera.

Aguarda, aguarda, llegará tu día,  
Tal vez muy pronto con placer lo veas;  
Espera en Dios que tu camino guía,  
Y hasta llegar allá..... ¡bendita seas,  
Dulce esperanza de la Patria mía!

**JOSE M. BUSTILLOS.**

**EL AGUILA Y LAS ROCAS.**

(Fragmento.)

I

¡Dejadla! que tienda el vuelo,  
Que altiva las nubes rasgue,  
Y que en la luz de la aurora  
Sus fuertes alas empape!  
Tiene derecho: es la reina  
Magnífica de los aires;  
Es el águila! . . . . ¡Qué hermosa!  
Corvo el pico; flaméante  
La amarillenta pupila;  
La pluma morena y suave;  
Ancha la frente, la garra  
Siempre dispuesta al combate,  
Y el ademán victorioso  
A la vez dulce y salvaje!  
Y en el espacio la aurora  
Su rojo cofre entreaire,  
Y da al cielo flecos de oro,  
Y da á la tierra diamantes.  
A lo lejos, pensativos,  
Se yerguen los dos volcanes;  
México eleva sus torres  
Que fresco acaricia el aire;  
El aroma de los campos

Corre despertando el valle,  
Y el Otoño sonriente  
Sacude alegre los árboles  
Para que inunden las huertas,  
Ya picados por las aves,  
Duraznos de terciopelo,  
Madroños color de sangre.

El sol asciende; y el lago  
De Texcoco iluminándose,  
Sus rocas al sol enseña,  
Sus rocas, donde el ramaje  
Ofrece sombra y reposo  
A las palomas del valle. . . .

Labriegos que vuestro arado  
Gastáis en la triste margen,  
¿Por qué miráis esas rocas  
Con terror?—¡Dios nos ampare!  
Porque en las noches de luna,  
Cuando el sueño al mundo invade,  
Se besan allí dos muertos;  
¡Dos muertos que son amantes!—

## II

¿Será verdad lo que cuentan?  
¿Quién fué testigo?... ¡Dios sabe!  
Pero dicen que al reflejo  
De una alborada radiante,  
A mediados de Septiembre  
Del año de Diez, de sangre  
Se tiñó un momento el lago,  
Y un momento tembló el valle.  
Y dicen que por el cielo  
Vino un águila salvaje;  
Que en las rocas de Texcoco

Detuvo el vuelo un instante;  
Que en ellas dejó una rama  
De laurel, y que en los árboles  
De la ribera sonaron  
Desconocidos cantares. . . .

¡Pueblo! entonces ¿qué sentiste?  
¿Qué cantaste en tus romances?  
La libertad te dió un beso,  
Y tú también la besaste! . . . .

El terror huyó vencido:  
Los cercanos habitantes  
No hablaron de almas en pena,  
Sino de honor y combate;  
Y ya no volvieron nunca  
En la alta noche, á besarse  
Sobre las rocas del lago,  
Las almas de los amantes.  
¡Oh libertad! . . . . Bendecidla,  
Campos, montes, flores, aves!!